

**OVERWATCH 2**

**ONDAS DE CHOQUE**



*UN RELATO CORTO DE BRANDON EASTON*

*HISTORIA*  
**BRANDON EASTON**

*EDITORA*  
**CHLOE FRABONI**

*ASESORÍA DE HISTORIA*  
**MADI BUCKINGHAM**

*ASESORÍA CREATIVA*  
**JEFF CHAMBERLAIN, JUSTIN GROOT,  
GAVIN JURGENS-FYHRIE, AARON KELLER,  
MIRANDA MOYER, DION ROGERS, ARNOLD TSANG**

*PRODUCCIÓN*  
**BRIANNE MESSINA**

*DISEÑO*  
**COREY PETERSCHMIDT**

*ILUSTRACIÓN*  
**VALENTINA REMENAR**

*DISEÑO ORIGINAL DE SOJOURN*  
**ARNOLD TSANG**

*MODELO ORIGINAL DE SOJOURN*  
**PAUL WARZECHA**

*MODELO DE ARMA ORIGINAL DE SOJOURN*  
**KYLE RAU**

# ONDAS DE CHOQUE



*Toronto, Ontario, Canadá*

*Intersección de Yonge Street con Eglinton Avenue East, 10:05 (hora local)*

Sojourn se despertó en el aire. Solo había estado inconsciente una milésima de segundo, pero ese margen solía ser la diferencia entre la vida y la muerte en un tiroteo. Había oído muchas veces que, en momentos así, te pasa la vida ante los ojos, pero sabía que eso no era cierto. Había librado suficientes combates y sabía cómo el cerebro activaba el modo supervivencia.

Sojourn se golpeó contra el cemento. El impacto le recorrió todo el cuerpo y le generó un hormigueo insoportable desde los pies hasta los dientes. «Eso es bueno, significa que me funciona el sistema nervioso». Entonces, un crujido se oyó detrás de su oreja y el sistema de comunicaciones que tenía incorporado en los implantes cibernéticos empezaron a retransmitir una señal estática de forma intermitente y también palabras de preocupación y alarma.

—Chase. ¡Aquí Tremblay! ¿Me recibes? Repito...

La voz de Tremblay titubeó y un estallido de ruido estático la sofocó. Eso solo podía significar una de dos: que su sistema de comunicaciones se había dañado tras la onda de la explosión o que habían alcanzado a la agente Tremblay y al centro de mando. Ninguno de los resultados era demasiado halagüeño. Había

confiado en la información de Tremblay para comandar las defensas de la ciudad y evacuar a los ciudadanos.

Oportunamente, el sistema de transmisión de emergencia pública irrumpió en las calles. Una voz sosegada, pero autoritaria, habló:

—A todos los ciudadanos: evacuación a la terminal del ferri. Hay embarcaciones preparadas para trasladaros a un lugar seguro. Repito: todos los ciudadanos deben ir a la terminal del ferri. Puede que esta sea la última oportunidad de evacuaros.

Sojourn se puso de pie, ganando adherencia y equilibrio a medida que recobra la visión. Levantó el fusil a la altura del pecho y fijó la mirada en el otro extremo del cañón. El denso humo y las llamas a su alrededor confirmaban lo peor: Null Sector había desplegado un enorme artillero pesado en una de las intersecciones más transitadas de Toronto... y había logrado su objetivo.

Las calles se habían convertido en una zona de guerra.

Solo diez minutos antes, una nave de mando de Null Sector había descendido de entre un banco de nubes hasta la ciudad. En cuestión de segundos, cientos de unidades de Null Sector aparecieron en el centro de Toronto y en el sur, junto a la bahía. La experiencia de Sojourn con Null Sector la había preparado para sus estrategias de acción rápida: sofocaban al objetivo con numerosas unidades, mientras que determinados escuadrones atacaban cruces con puntos eléctricos e infraestructuras de seguridad metropolitanas clave. Sin embargo, a diferencia de las últimas peleas con invasores de Null Sector, aquel ataque parecía mucho más preciso, como si hubiera algún tipo de estrategia guiada detrás del conflicto, más allá de destrucción pura y dura. Un mensaje propagandístico llevaba sonando desde que empezó el ataque, pero apenas había tenido tiempo para escucharlo.

Como buena estrategia militar, a Sojourn le impresionó la eficiencia implacable que denotaba el patrón de asalto de Null Sector, pero sus cavilaciones se disiparon cuando una explosión generó una nueva onda de choque de polvo y escombros hacia ella.

Sojourn se protegió de la ráfaga, resistente bajo su cuerpo reforzado cibernéticamente.

Tras ella, se movilizaron escuadrones de las Fuerzas Armadas Canadienses y del Cuerpo Especial de Emergencia (la unidad táctica del servicio de policía de Toronto). Sabía que la onda de choque sería mucho más perjudicial para soldados de carne y hueso.

—¡Agachaos! —gritó Sojourn en cuanto descendieron las tropas. La mayoría consiguió evitar la ráfaga, pero unos pocos desafortunados salieron despedidos

como confeti y chocaron contra los cuidados edificios de la zona comercial. Cuando el humo se disipó, Sojourn observó los rostros impactados a su espalda. En cuestión de segundos, varios de sus amigos y aliados habían pasado a mejor vida.

*El margen entre la vida y la muerte.*

Sojourn tuvo que despertar a las tropas del *shock* emocional causado por las repentinas pérdidas. Si desperdiciaban más tiempo pensando en sus camaradas, el viento volvería a soplar en favor de Null Sector. El terreno retumbó en cuanto la unidad artillera avanzó hacia su posición con los cañones de los brazos preparándose para una nueva descarga mortífera.

—¡Si me oís, seguidme! —gritó Sojourn. La firme confianza que desprendía su voz reactivó la formación de combate de los soldados—. Los que llevéis armas de bajo calibre, disparad fuego de contención, apuntad a la base del artillero pesado. Los que tengáis armas de energía y explosivos de gran impacto, colocaos a ambos lados de la calle. Usad los vehículos abandonados para cubriros. Cuando estéis en posición, apuntad a los cañones.

Como un reloj, las tropas y los agentes del Cuerpo Especial de Emergencia se pusieron en marcha y se dividieron en una formación de asalto urbana perfectamente alineada. Sojourn observó el variado grupo de agentes de policía y soldados antes de lanzarse al tejado de un autobús de línea inhabilitado.

—Yo lo distraigo —dijo Sojourn impulsándose desde el techo del autobús. Sus piernas cibernéticas llevaban propulsores que permitían deslizarse y saltar más rápido de lo que sus rivales podían seguirla. Aprovechó el impulso para deslizarse por los restos incandescentes de vehículos y camiones abandonados.

Conforme se movía, lanzó varias descargas con su fusil de energía. Los disparos certeros provocaron que la unidad se detuviera. Los brazos del cañón siguieron los movimientos de Sojourn, pero la velocidad de esta le impidió fijarla como objetivo. Por su parte, los agentes y las tropas lanzaron innumerables ráfagas de balas contra la máquina, la carcasa retumbaba como una lata bajo una lluvia de granizo. Sojourn disparó una última vez al sistema central y el artillero soltó una nube de humo naranja y llamas.

El olor punzante e inconfundible del metal quemado inundó la nariz de Sojourn. Era un olor que recordaba de la Crisis y que siempre la había acompañado en su época en Overwatch. Fijó la mirada en Yonge Street, al sur, donde se encontraba el centro recreativo y financiero de la ciudad a orillas del lago Ontario. La zona metropolitana de Toronto albergaba a más de 10 millones de ciudadanos y seguro que cientos de miles de personas se encontraban en el centro de la

ciudad por innumerables motivos, y ninguna se esperaba una invasión después del desayuno.

Sojourn vio que se formó una oleada de cápsulas de Null Sector en el cielo nuboso; una lluvia mortífera se precipitaba contra la población. Habría una masacre si no ayudaba a evacuar a la población a la terminal del ferri al sur de la ciudad. Las autoridades municipales habían organizado, con razón, el traslado de supervivientes a los barrios periféricos del norte, donde había más espacios abiertos y una cordillera que amortiguaría los ataques terrestres.

Sin embargo, quienes hubieran permanecido en Eglinton Avenue, tenían pocas opciones de huir.

A Sojourn no le quedaba otra opción que marcharse al sur y ayudar a trasladar a los evacuados al puerto para poder recuperar la ciudad de manos de Null Sector manzana tras manzana.

### *Intersección de Yonge Street con Gerrard Street East, 18:46 (hora local)*

Sojourn y sus aliados habían tardado horas en avanzar unos pocos kilómetros al sur hacia el distrito céntrico. Cada cápsula liberaba un puñado de ómnibus de combate de Null Sector: unidades de Null y cercenadores, a los que reconoció de enfrentamientos previos cuando formaba parte de Overwatch, aunque parecían haber recibido algunas mejoras. Emergieron más artilleros de la humareda, pero había cápsulas más grandes a lo lejos con ómnibus que Sojourn no había visto nunca. No tuvo tiempo para pensar en las ramificaciones de estas nuevas tropas, no mientras las versiones anteriores desataban el caos hasta donde alcanzaba la vista.

Cada unidad de Null Sector tenía una especialidad estratégica, y estaban trabajando a pleno rendimiento. Las unidades de Null avanzaban como horda inicial, pero ella prestó más atención a uno de los enemigos nuevos: una especie de unidad flotante con una movilidad que dificultaba acertarle en la cabeza o en el núcleo central.

Los cercenadores mejorados se infiltraron en zonas pequeñas, eliminando las defensas básicas con sus rayos de plasma, pero eran diminutos comparados con otra unidad nueva, un tanque blindado pesado y enorme con una especie de cuerno de rinoceronte que le salía de la cabeza. Esas monstruosidades eran más rápidas de lo que parecían, pese a sus aparatosas estructuras.

Los ojos cibernéticos de Sojourn permitían ver mucho más lejos que los de cualquier humano corriente, pero maldijo sus sentidos mejorados, ya que hacían que viera aquel baño de sangre con mayor claridad. Las unidades de Null pastore-

# *A SOJOURN NO LE QUEDABA OTRA OPCIÓN QUE MARCHARSE AL SUR Y AYUDAR A TRASLADAR A LOS EVACUADOS AL PUERTO PARA PODER RECUPERAR LA CIUDAD DE MANOS DE NULL SECTOR MANZANA TRAS MANZANA.*

aban al rebaño de humanos en dirección a los estrechos cañones de cemento del interior de la ciudad. La multitud estaba demasiado asustada como para correr o resistirse; eran blancos fáciles para los invasores. Los rayos de plasma de los cercenadores atravesaban las destartadas barricadas de vehículos improvisadas con el objetivo de detener el avance de los ómnibus. Sojourn tuvo que cerrar los ojos cuando un cercenador despejó el camino para que una de las unidades rinoceronte machacara la zona donde había ciudadanos aterrados amontonados.

La cosa pintaba mal, muy mal. El batallón provisional de soldados y agentes de Sojourn se había reducido en número y apenas quedaban veinte. «Empezamos siendo más de cien unidades», pensó Sojourn.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que había echado de menos su época en Overwatch, siempre la había recordado con remordimiento. La nostalgia parecía un ancla colgada del cuello y nunca le había parecido lógico ponerse sentimental en ocasiones anteriores.

«¿No era eso lo que querías después de que todo se echara a perder? ¿Estar sola?», se preguntó Sojourn con bastante rencor. Aunque mentiría si dijera que no echaba en falta mirar atrás y ver a Winston lanzándose a pelear desde una farola o a Jack con su actitud implacable y perspicacia táctica cubriéndole las espaldas. Sentía dolor en el vientre, un dolor provocado por el anhelo.

«Pero Overwatch se terminó, y por un buen motivo».

Un artillero disparó un misil que le pasó por encima a Sojourn. La neblina provocada por el propulsor químico hizo que le lloraran los ojos, lo que la despertó de aquel recuerdo infeliz. El proyectil se precipitó contra una cafetería llena de civiles que se habían refugiado del tiroteo que había en plena calle. La explosión sacudió la manzana entera, reventando ventanas y dejando caer un reguero de cristales sobre las tropas de Sojourn.

No había tiempo para llorar la muerte de nadie, así que se abalanzó hacia dos pequeñas petrificadas de miedo junto a una boca de metro.

«¡Moveos!», pensó. Pegó un salto con todas sus fuerzas cibernéticas al mismo tiempo que disparaba innumerables veces a las unidades de Null Sector cercanas. Derribó a una unidad de Null, agarró sus restos para emplearlos como escudo y se lanzó delante de las pequeñas justo a tiempo. Una tromba de cristales resonó sobre el cuerpo de la unidad de Null; Sojourn agarró a las chicas con una mano mientras cargaba con el escudo improvisado con la otra.

—¿Y vuestros padres? —proclamó Sojourn.

La primera de las niñas empezó a hablar con labios temblorosos y agarrando la mano de su hermana:

—Estaban... ahí.

La segunda chica apuntó a la bola de llamas y humo que había dentro de la cafetería. Cada vez que intentaba hablar, emanaban sollozos de sus pulmones.

Sojourn solo supo acurrucar a las dos crías. No le salían las palabras de apoyo, así que se limitó a susurrarle instrucciones a la hermana mayor: que evitaran las calles amplias y siguieran el camino que estaban despejando hacia el sur. La chica asintió con la mirada perdida mientras se secaba las lágrimas.

Sojourn solo podía hacerlas sentir a salvo en ese momento y esperar a que vivieran lo suficiente como para recuperarse de aquel trauma. Sin embargo, sabía por experiencia que la guerra dejaba una marca en todo el mundo, por mucho que lograras sobrevivir.

### *Intersección de Bay Street con Wellington Street, 22:18 (hora local)*

Cuando el sol descendió sobre el horizonte humeante, Sojourn pensó que había hecho mella en las tropas invasoras. Ella y su menguante grupo de aliados habían eliminado a cientos de unidades de Null Sector en unas tres horas y, por fin, habían llegado al tramo más meridional de Yonge Street, desde donde se veían las aguas irregulares y vigorizantes del lago Ontario entre la hilera de rascacielos. Yonge Street parecía despejada, de modo que Sojourn y los demás giraron hacia el oeste en Wellington Street, pasando junto al Salón de la Fama del Hockey y los juzgados hasta llegar al centro comercial y recreativo de New Queen Street. Ahí, los caminos asfaltados eran una mezcla irregular de avenidas confusas que daban a varios callejones sin salida plagados de atracciones turísticas..., el lugar ideal para una masacre.

Sojourn estaba emocionalmente agotada, pero tenía que asegurarse de que

***SOJOURN SOLO PODÍA HACERLAS SENTIR A SALVO EN ESE MOMENTO Y ESPERAR A QUE VIVIERAN LO SUFICIENTE COMO PARA RECUPERARSE DE AQUEL TRAUMA. SIN EMBARGO, SABÍA POR EXPERIENCIA QUE LA GUERRA DEJABA UNA MARCA EN TODO EL MUNDO.***

los civiles tuvieran opciones de escapar. Como soldado, conocía las consecuencias de una guerra urbana: por cada persona salvada, tres morían. En un mundo con pistolas energéticas y robots insensibles sin sentido de la clemencia, no había nada que pudiera escapar a sus balas. Las armas de Null Sector atravesaban el hormigón, el cristal y el acero como un cuchillo caliente la mantequilla.

Una descarga desviada podía destrozarse el suministro de energía de un hospital, atravesar las paredes de un colegio o derrumbar un túnel subterráneo en hora punta. Si hablamos de pérdidas, las posibilidades de que la gente sufra en una invasión de esta categoría son incontables.

Habían transcurrido cinco minutos desde el último enfrentamiento con Null Sector. Sojourn comprobó cómo estaba lo que quedaba de escuadrón; no los conocía personalmente, pero no habían tardado en juntar filas en el campo de batalla.

Conforme avanzaban hacia el oeste por Wellington Street, Sojourn vio varios cadáveres bajo los escombros; pisadas que daban a parar a un auténtico infierno; edificios destruidos en los que habría muchas personas con vida y a los que no podía enviar unidades para rescatarlos.

El ejemplo perfecto para entender lo cruel que era la guerra. Ahí no se alcanzaba la gloria, no, tan solo había vidas inocentes asesinadas por un conflicto que no llegaban siquiera a comprender. Sojourn pensó en su perra, Murphy, guarecida en el apartamento fortificado. Recordó lo molesta que estaba ayer mismo por tener que sacarla a pasear por la noche, pero ahora daría cualquier cosa con tal de oírla gimotear en el umbral de la puerta.

Cualquiera diría que ayer había sucedido hace una década. Aquella ciudad no era la Toronto que tanto amaba y protegía, sino un cementerio gigantesco masacrado por unas manos de acero gélidas, pero no como las suyas cibernéticas. Se le vinieron a la mente los días más oscuros de la Crisis, cuando Toronto había estado a punto de convertirse en una fosa común y se reflejaban columnas de humo negro en la superficie del lago Ontario. Parpadeó varias veces para que aquel *déjà vu* funesto se esfumara y diera paso a esa nueva escena devastadora.

¡¡¡Fiuuum!!!

Cinco unidades de artilleros aterrizaron sobre los restos de autobuses y oficinas calcinados. Las unidades dispararon al unísono una andanada de misiles que acribillaron las calles y los edificios como si de un rayo se tratase. Los juzgados cercanos saltaron por los aires, y el mobiliario de oficina y tejidos quemados motearon el cielo como si de un desfile de honor se tratara.

La mayoría del escuadrón murió a causa de la descarga, el resto se diseminó tratando de escapar de la onda de restos tóxicos. Los ojos de Sojourn otearon la carnicería calcinada a su alrededor y se le hizo un nudo en el estómago, angustiada. Gritó como pudo desde lo más profundo de su garganta abrasada hacia la nube naranja oscura de fuego que le irritaba los ojos:

—¡Que todos los supervivientes avancen hacia la terminal del ferri al sur!  
¡Aprovechad la oscuridad como refugio hasta que amanezca! Si veis ciudadanos,  
¡mantenedlos a salvo! Si estáis en condiciones de reagruparos, seguid mi voz.

Sojourn esperó unos instantes, pero no obtuvo más respuesta que el incesante sonido metálico de las unidades de Null Sector en la distancia.

Entonces, se limitó a rendir homenaje a los caídos silenciosamente antes de lanzarse hacia una boca de metro.

*Spadina Avenue, en Lake Shore Boulevard West, a las 9:48 (hora local)*

Conforme el amanecer iluminaba un panorama totalmente devastado, las franjas de luz solar amarillas creaban focos nebulosos en el túnel. Sojourn trepó por una trampilla que daba al Harbourfront Centre, un centro turístico costero con todo lo que un turista adinerado podría desear: estupendas vistas del lago Ontario, la torre CN y un complejo portuario que conecta el extenso sistema de ferris con los mejores puntos gastronómicos de la provincia. Sus cansados ojos analizaron la zona en busca de enemigos, pero solo había humo negro.

Sus habituales reservas de autoconfianza y conciencia estaban bajo mínimos. Había hecho todo lo posible dadas las circunstancias: había perdido la comuni-

cación con Tremblay, había liderado a una avanzadilla funesta bajo el pretexto de salvar vidas y, ahora, estaba en el borde de su querida ciudad observando cómo ardía bajo la seguridad de un aislamiento momentáneo. Cayeron más cápsulas de Null Sector del cielo, como si de acero fundido se tratara, perforando los edificios y abriendo cráteres en el terreno.

Hasta los soldados más aguerridos se quedarían sin aliento ante las implicaciones que tendría aquello para la población civil, que no estaba preparada.

Gracias a sus mejoras, era capaz de luchar durante varias horas más de ser necesario, pero ¿quedaría algo que defender para entonces? Nadie más pensaba ir a salvar la ciudad; había visto cazas derribados en pleno vuelo, al ejército y la policía canadienses totalmente asediados, y solo era cuestión de tiempo que las innumerables hordas de invasores de Null Sector aniquilaran al resto.

—¡Ayuda! Por favor, ¡que alguien me ayude!

La neblina de indecisión y arrepentimiento de Sojourn se esfumó de repente, se giró y alzó el fusil con enorme precisión. A los pies del edificio, había un ómnico ataviado con un uniforme de un local de comida rápida perseguido por una unidad de Null y corriendo hacia un callejón. La unidad de Null estaba ligeramente fuera de su alcance, pero hizo varios disparos de advertencia en su dirección para que ignorara al pobre ómnico.

Para su sorpresa, la unidad de Null disparó por encima del hombro como si el ataque de Sojourn hubiese sido casual y siguió fijando a su objetivo. Sojourn corrió hacia ellos disparando varias veces más con la esperanza de detener al atacante. Sin embargo, la unidad de Null agarró al ómnico del cuello y lo levantó entre pataleos y alaridos llevándolo hacia el callejón, donde sus chillidos cesaron al instante.

Cuando Sojourn llegó, oteó el lateral del edificio con cuidado de no darle una opción de tiro fácil a la unidad de Null. Entonces, se adentró en el callejón, lista para hacer pedazos al enemigo, pero no había nadie. Nunca había visto a una unidad de Null Sector que secuestrara a ómnicos normales. Aquella situación no tenía ningún sentido, a menos que Null Sector hubiera empezado a tomar rehenes.

Procedió a analizar minuciosamente el callejón, pero solo había una alcantarilla abierta y una peste indescriptible.

El chasquido del sistema de comunicación de Sojourn la sobresaltó.

—¿Hola? Aquí Sojourn. Responde.

—¡Chase! Aquí Tremblay... ¡Qué alegría escuchar tu voz! Hemos intentado comunicarnos contigo desde que perdimos la conexión. Se ve que han provocado

***HABÍA LIDERADO A UNA AVANZADILLA FUNESTA  
BAJO EL PRETEXTO DE SALVAR VIDAS Y,  
AHORA, ESTABA EN EL BORDE DE SU QUERIDA  
CIUDAD OBSERVANDO CÓMO ARDÍA BAJO LA  
SEGURIDAD DE UN AISLAMIENTO MOMENTÁNEO.***

interferencias en las frecuencias militares, pero hemos estado modulando la señal hasta encontrar un canal funcional.

—Infórmame de los daños, ¿está bien tu equipo? —preguntó Sojourn con un alivio en la voz imposible de ocultar.

—«Bien» es un término relativo, pero el centro de mando está de una pieza. ¿Dónde estás? Algunas tropas han conseguido llegar a Harbourfront. Los ferris se están llenando de gente y no tardarán en irse, pero hemos ordenado que todo barco que haya disponible evacúe a los ciudadanos del centro.

La alerta de evacuación volvió a sonar en bucle por los miles de altavoces ocultos en la zona metropolitana.

Sojourn suspiró para sus adentros. Pese a las incontables muertes en las calles de Toronto, su variado grupo de guerreros se había abierto camino hacia el sur hasta el puerto y le había dado tiempo al gobierno para evacuar a ciudadanos.

¡¡Plim!! ¡¡Plim!!

Sojourn reconoció el sonido de la madera golpeando el metal, concretamente el de bates de béisbol contra armaduras de Null Sector. Se giró y vio a un ómnico y a una mujer humana peleando contra tropas de Null Sector y un artillero. Se imaginó que ambos sabían que no tenían muchas opciones de sobrevivir, así que habían optado por luchar hasta la muerte.

Ambos estaban rodeados y las unidades de Null iban apartando a su paso a los ómnicos hasta un destino desconocido. Sojourn rememoró la época en la que había luchado junto a Jack en Overwatch. Había visto lo rápido que la gente se convertía en víctimas, pero, en ese momento, no veía ninguna víctima, sino a

gente dispuesta a luchar por su libertad y su seguridad. Pese a las llamas, las bajas en aumento y el agotamiento, los soldados, agentes de policía y servicios de urgencia que la habían seguido no se habían detenido.

Sojourn pensó en las dos niñas que, sin duda, habían perdido a sus padres en aquella cafetería. Tras el terror que había en sus ojos, sabía que había algo más en aquellas manos que se aferraban entre sí, algo intangible que solo los guerreros logran reconocer: valor.

Había visto a gente abandonar en circunstancias menos graves en la primera Crisis Ómnica.

La gente corría, se rendía y moría presa del terror.

Ahora, solo veía a humanos y ómnicos luchando codo con codo por defender su ciudad. Su hogar. Toronto.

Sojourn lanzó una descarga con su fusil a los invasores de Null Sector. Sintió gran satisfacción al ver que los disparos habían eliminado a los enemigos y que la humana y el ómnico tenían la oportunidad de escapar, la oportunidad de luchar un día más.

¡¡¡Fuuuuu!!! Sojourn reconoció el sonido de la bocina de un ferri que se marchaba y se giró para ver el primer grupo de civiles evacuado al lago Ontario. La estampa de las cubiertas repletas de muchedumbre apoyada contra las barandillas le recordó a un crucero que se embarcaba a alguna costa más soleada, pero al otro lado de la bahía no les esperaban playas de arena ni cócteles, tan solo la posibilidad de seguir con vida.

El agotamiento y la fatiga que habían abrumado a Sojourn al salir del túnel del metro se habían esfumado. Ahora, solo sentía confianza, orgullo y una ira que la impulsó a seguir adelante. Eso le bastaba para seguir avanzando.

Debía luchar hasta el final, aunque fuera la última persona con vida.